

EL NUEVO REGIMEN DEL SUDAN

El continente africano ha sido testigo, una vez más, de un golpe de Estado militar. Después de este acontecimiento ocurrido en el Sudán son muy escasos los países que no han tenido allí esta experiencia¹. Ahora bien, aunque posean el común denominador de un levantamiento de las fuerzas armadas, cabe establecer una clara distinción atendiendo a las ideologías de que han sido portadores, es decir, distinguir entre aquellos cuya consecuencia ha sido la subida al poder de elementos moderados de la oficialidad y aquellos otros menos frecuentes, como es el caso del Sudán, en que se ha producido la elevación a las altas dignidades del Estado de oficiales adeptos a unas doctrinas y unos objetivos radicalmente izquierdistas o de tipo revolucionario. Aun con el factor común de régimen militar no es posible comparar, por ejemplo, el régimen instaurado en Ghana con el que se ha introducido en Congo-Brazzaville, sin advertir serias diferencias que llegan incluso al antagonismo. Por esta circunstancia, una ojeada al extenso mosaico de regímenes militares que cubre hoy gran parte del continente africano, no resulta significativa porque existe una marcada diferenciación en cuanto a la índole del sistema de Gobierno que se ha implantado a favor de esas rebeliones.

Tampoco cabe una estricta comparación si se procede al análisis de las causas que han motivado esta intervención de las fuerzas armadas, puesto

¹ La tercera parte de las naciones africanas independientes han sido testigos de estos pronunciamientos militares, puesto que son catorce los Estados, de los cuarenta y dos que han alcanzado la soberanía en el continente, donde ha triunfado un golpe de Estado militar: Alto Volta (1966), Argelia (1965), Burundi (1966), Congo-Brazzaville (1968), Congo-Kinshasa (1965), Dahomey (1967), Ghana (1966), Malí (1968), Nigeria (1966), RAU (1952), República Centroafricana (1965), Sierra Leona (1967), Sudán (1958 y 1969) y Togo (1967).

que unas veces ha tenido por finalidad cambiar el rumbo político del país o transformar sus instituciones y otras veces la intervención del Ejército en la vida pública ha servido para colmar un vacío de poder. Son varios los Estados africanos en que esta intervención resultaba absolutamente necesaria, siquiera sea a título provisional, porque la nación había llegado a un grado tal de desgobierno y turbulencia que se hallaba, prácticamente, frente al abismo. El Sudán precisamente se hallaba en esa situación, puesto que durante largos meses se venía debatiendo en un estado caótico que recordaba las postrimerías del régimen precedente del mariscal Abbud, finalizado en octubre de 1964 tras de una larga etapa de convulsión interna.

En tales condiciones, el 25 de mayo, el coronel Gaafar el-Nimari dirigía un golpe de Estado militar que se hacía dueño del poder, tras un rápido y perfecto despliegue de las unidades comprometidas. El diario egipcio *Al Ahram* explicaba los detalles de la forma en que se había desarrollado el golpe. Afirmaba que unidades de paracaidistas y fuerzas blindadas, que se habían concentrado dos días antes cerca de Omdurman, se dirigieron durante la noche del sábado al domingo hacia la capital, rodeando las residencias del presidente de la República, Ismail al-Azhari, y del ex-jefe del Gobierno y secretario del partido nacional, Sadik Mahdi. Otras unidades, estacionadas en el-Chagara, cercaron el palacio presidencial y cortaron todas las comunicaciones, tanto hacia el interior como al exterior del país, clausurando el aeropuerto.

Triunfante el pronunciamiento, la primera medida que adoptaban los nuevos gobernantes consistía en anular la Constitución provisional que se hallaba en vigor y declarar disueltas todas las instituciones constitucionales y parlamentarias. En virtud de estas medidas, todos los poderes pasaban al Consejo de la Revolución, presidido por el coronel Nimari e integrado por nueve militares y un civil, el jefe del Gobierno².

El coronel Nimari explicaba, en los primeros momentos del triunfo, las características del nuevo régimen. Ante los micrófonos de Radio Omdurman, convertida en «Radio de la República Democrática del Sudán», el nuevo dirigente supremo leía un comunicado del Consejo de la Revolución titulado «Decreto presidencial número uno, concerniente al nuevo sistema constitu-

² Los militares que componen el Consejo de la Revolución son los comandantes Faruk Hamad, Jaled Hassan, Maamun Awad, Abul Kasem Hashem, Mohammed Ahmed, Abul Kasem, Mohammed Ibrahim, Babakr el-Nur, Hashem el-Wata, además de su presidente, el coronel Nimari. El civil es el jefe del Gobierno, Awadallah.

cional que entra inmediatamente en vigor». En este documento se declara que «el Sudán es una República democrática cuya soberanía total pertenece al pueblo, representado por el Consejo de la Revolución, formado de acuerdo con la Constitución que será proclamada ulteriormente». Después de agregar que quedan disueltos todos los organismos —consejo de la Presidencia, Asamblea constituyente, Consejo de Ministros y comité de servicio civil— del antiguo régimen, hace constar que el Consejo de la Revolución forma el Gobierno que es enteramente responsable ante él. El nombramiento de los ministros y la aceptación de sus dimisiones corresponden al Consejo de la Revolución, ante quien prestarán aquéllos juramento. En esta proclama se advierte que serán adoptadas medidas enérgicas para mantener el orden público, «todos los que organicen reuniones —advierte— que impriman libros y que actúen para crear formaciones políticas sin la autorización del Consejo de la Revolución serán consideradas como personas que hayan cometido actos contrarios a las disposiciones de la Ley y hostiles a la revolución». El Consejo se reserva el derecho de promulgar las leyes relativas a la formación de Tribunales militares y el de licenciar a todo funcionario civil que haya cometido actos reprobables.

Seguidamente, el Consejo de la Revolución designaba, el mismo domingo, un Gobierno que juraba sus cargos al siguiente día. Constaba de 21 ministros —número ampliado después a 24— y está presidido por Abu Bakr Awdallah, que ostenta también la cartera de Asuntos Exteriores³. El Nimari quedaba convertido en la suprema autoridad del régimen, puesto que aparte de su investidura de la Presidencia del Consejo de la Revolución, cargo equivalente al de jefe del Estado, era nombrado ministro de Defensa⁴ y co-

³ La composición del nuevo Gobierno es la siguiente: Abu Baki Awadallah, jefe del Gobierno y ministro de Asuntos Exteriores; coronel Gaafar el-Nimari, ministro de Defensa; comandante Faruk Osman Abdallah, ministro del Interior; Abdel Karim Sayed Mirghani, ministro de Economía y Comercio; Mansur Mahgub, ministro de Hacienda; Makawi Mustafá, Planificación; Joseph Karnak, Aprovisionamiento; Jalafallah Mahmud, Administración Local; Mohieddin Salem, Educación; Amin el-Taher Chibli, Justicia; Maurice Sakar, Sanidad; Mohammed Abdallah Nur, Agricultura; Mahgub Osman, Orientación; Mahmud Jatib, Comunicaciones; Apant el-Miri, Habitat; Sayed Ahmed; Trabajos públicos; Sayed Mustafá Ahmed Ibrahim, Regadíos; Musa Mubarak, Recursos Mineros; Taha Gaafar, Trabajo; Ahmed el-Tayed, Ganadería; Faruk Abu Issa, ministro de Estado para la Presidencia del Gobierno.

⁴ Cesando en dicho cargo en el reajuste ministerial del 20 de junio, en que fue sustituido en la cartera de Defensa por el general retirado Omar Hach Mussá. En este

mandante en jefe de las fuerzas armadas, con el grado de general. En el nuevo Gobierno, según las precisiones que proporciona el diario egipcio *Al Ajbar*, entre estos ministros figuran nueve del Partido Socialista Sudanés⁵, entre ellos, el fundador del Partido, Amin el-Taher Chibli, ministro de Justicia, y un miembro del Comité Central, Faruk Abu Issa, ministro de Estado. El partido comunista, sin participar directamente en el Gabinete, ha concedido pleno apoyo al nuevo Gobierno.

En su alocución inicial, el coronel Nimari explicaba que las razones que le movieron a dar el golpe de Estado fueron «la inestabilidad política y la corrupción» del régimen derrocado. «Las masas populares —añadía— quieren una solución definitiva de los problemas económicos del país, rehusan a los Gobiernos precedentes a causa de su incapacidad para resolver el problema del Sur y de solucionar las dificultades en la esfera de la agricultura.» Es decir, se acusaba de inepticia a la acción gubernamental anterior y, al propio tiempo, se criticaba ásperamente a los partidos políticos, a los que calificaba de «satélites del imperialismo», por lo que el Consejo de la Revolución decretaba su disolución definitiva, castigando con la pena de muerte a cualquier tentativa de reconstitución. Realmente, todos esos reproches no carecen de fundamento si consideramos el panorama que presentaba el Sudán en los meses inmediatamente anteriores al pronunciamiento de el-Nimari.

* * *

Estaba claro que la situación en el país se había ido deteriorando hasta alcanzar graves caracteres convulsivos desde principios de 1968. La decisión del Gabinete presidido por Mahgub de disolver la Asamblea Nacional, en febrero de ese año, fue objeto de un recurso ante el Tribunal Supremo, presentado por la mayoría de los miembros del Parlamento. La noticia de que el Tribunal rechazaba el recurso por «vicio de procedimiento» desencadenaba una amenazadora oleada de protestas. Dimitía airadamente el ministro Nasr ed-Din, de la Unión Democrática que acaudilla Azhari, presi-

reajuste fueron nombrados los ministros de cooperación (Osman Abulgasim), Juventud y Deportes (Mansur Jalid) y Vivienda (Mubarak Sinada).

⁵ Este partido fue fundado el 21 de enero de 1967, poco después de la prohibición del partido comunista, agrupando a elementos radicalmente izquierdistas y filocomunistas.

dente de la República, y el acto motivaba una consulta del jefe de las fuerzas armadas al procurador general de la República para que señalase la postura que debía adoptar el Ejército en el conflicto constitucional. Las querellas internas de los partidos y las disensiones personales de los dirigentes, daban entrada, por tanto, al Ejército en la vida pública, por lo que no es de extrañar que éste tomara conciencia de un papel que, hasta entonces, no le correspondía, es decir, que debía convertirse en el árbitro de las insensatas luchas partidistas que descomponían la nación.

Todo demostraba que la precaria estabilidad que había logrado el país después de la agitación de diciembre de 1966, amenazaba con romperse. En el corto plazo de su mandato como jefe del Gobierno, Mahgub —que el 18 de mayo de 1967 había sustituido en el cargo a Sadik el-Mahdi— no había logrado solucionar ninguno de los acuciantes problemas planteados. Como consecuencia de esta inoperancia se extendía en todo el Sudán un larvado sentimiento de malestar que alcanzaba grandes proporciones en el verano de ese año, lo que fue atribuido por el ministro de Información «a la C. I. A. norteamericana y a sus aliados alemanes e ingleses que suministran importantes fondos a los partidos políticos y a sus dirigentes para derrocar el régimen». En estas declaraciones, el ministro agregaba que los Estados Unidos deseaban reemplazar el régimen nacionalista de Jartum por un Gobierno dócil a las presiones norteamericanas, especialmente en lo referente a la firma de un tratado de paz con Israel. La acusación fue acogida con escepticismo considerándose, generalmente, que tenía por finalidad distraer al pueblo de los graves problemas domésticos, proporcionándole la válvula de escape de la xenofobia, recurso siempre eficaz en estos casos.

En febrero de 1968 era disuelta la Asamblea constituyente sin haber conseguido aprobar la Constitución permanente propuesta en 1967, por lo que quedaba vigente la Constitución provisional de 1955, suspendida después del golpe militar de 1958 y restablecida en octubre de 1964. Se demostraba la incapacidad del régimen considerando que en cuatro años no había sido capaz de aprobar una Constitución. El Ejército ocupaba la capital, aislando el Parlamento, ante el temor de graves incidentes en virtud de la situación de exaltación a que nos hemos referido anteriormente. El 26 de abril de 1968 tenían lugar las elecciones generales, por cuarta vez desde que el Sudán alcanzara su independencia en 1956. Estas elecciones daban el triunfo al Partido Democrático Unionista —formado por la fusión, efectuada en diciembre de 1967, del Partido Nacional Unionista y del Partido Popular Demócrata—,

que obtenía 101 escaños de los 218 de que consta el Parlamento. Mohammed Ahmed Mahgub (UMMA, Imam) conservaba la Jefatura del Gobierno, aunque su partido hubiera perdido la mayoría, procediendo a formar un Gabinete de coalición y Al-Azhari era reelegido como presidente de la República. La tarea primordial de la nueva Asamblea consistiría en continuar la preparación de una Constitución democrática, tarea apenas iniciada por el Partido anterior.

Los comicios habían sido un expresivo índice de la fragmentación de la vida política sudanesa. Nada menos que veintiocho partidos habían concurrido a las elecciones, fenómeno asombroso en un país que no llega a los 17 millones de habitantes y de los que casi cuatro⁶ se encuentran en las zonas de insurgencia del Sur. Un total de 996 candidatos se habían disputado los 218 escaños de la Asamblea.

Apenas finalizadas las elecciones, una oleada de asesinatos de destacadas personalidades llevaba el país al paroxismo. Sucesivamente, eran abatidos William Deng, miembro de la Unión Nacional Africana del Sudán (SANU) y otros seis dirigentes, tres sudaneses del Norte y otros tres del Sur, entre ellos el vicesecretario del partido SANU. Deng era uno de los más eminentes políticos sudaneses, que había vivido exiliado durante el régimen del general Abbud y que había participado, poco antes de su asesinato, en una conferencia sobre la rebelión sudista.

Es decir, que a los problemas específicamente políticos se agregaba una agudización del problema creado por la lucha armada iniciada hace quince años por las poblaciones del Sur contra los gobernantes árabes de Jartum⁷. Durante esta sangrienta lucha han sido aniquilados más de medio millón de africanos y otros 115.000 se han visto forzados a huir a la República Centrafricana, al Congo y a Uganda, según los datos recogidos por la conferencia sobre refugiados organizada por la Organización de la Unidad africana de Addis Abeba en octubre de 1967. Como consecuencia de los gastos militares afrontados por el Gobierno en esta campaña de «pacificación» y, también, por las destrucciones ocasionadas en esta guerra sin cuartel, el Estado se hallaba enfrentado a una crisis económica que no hacía sino aumentar las tensiones internas. La mayoría del armamento enviado por Moscú

⁶ Bahr el-Gazal (1.310.000 habitantes), Equatoria (1.194.000 h.) y Alto Nilo (habitantes 1.174.000).

⁷ Cfr. CARLO MELE "El problema del Sudán", núm. 90 de esta REVISTA.

a Jartum, en virtud del acuerdo militar soviético-sudanés de octubre de 1967, era empleado en las campañas del Sur.

El Gobierno de coalición formado por Mahgub comprendía nueve miembros del Partido Demócrata Unionista, cinco del UMMA-Imam y dos del Frente del Sur. Este equipo no tuvo mejor suerte que el anterior porque los problemas vigentes no sólo no fueron resueltos, sino que contemplaron una preocupante agravación. Así ocurría con la agitación universitaria, que llegó a tales extremos que hubo de ser clausurada la Universidad de Jartum en noviembre de 1968, después de sangrientas luchas. El litigio sudista no corría mejor suerte, porque el 23 de abril de 1969 se comunicaba oficialmente que habían muerto 112 personas en violentos choques ocurridos en Bahr el-Gazal. La agitación comunista, especialmente a través del poderoso sindicato de ferroviarios, que controla, desembocaba en manifestaciones públicas a pesar de que estaba prohibido por la ley dicho partido.

El panorama público se hallaba en el máximo grado de fermentación y la Administración se encontraba prácticamente desbordada. En tales circunstancias, a finales de abril, Mahgub anunciaba su dimisión, aunque horas más tarde declaraba que permanecería en su puesto a petición del presidente Azhari, hasta que los partidos UMMA y Democrático Popular llegasen a un acuerdo sobre la coalición gubernamental.

* * *

El nuevo régimen instaurado en el Sudán a consecuencia del pronunciamiento militar está prácticamente consolidado. Si pretendemos analizar sus características llegamos a la conclusión de que se trata de un régimen radicalmente izquierdista. Según las declaraciones del jefe del Gobierno, el objetivo consistente en adoptar un «socialismo sudanés» que inserte al país «en la vida de la libertad y del socialismo»⁸ para «ocupar una posición destacada entre las fuerzas revolucionarias progresistas»⁹. Respondiendo a esa

⁸ Declaraciones de Awadallah del 25 de mayo.

⁹ Confirmando esa orientación, el primer acto en materia de política exterior del nuevo régimen ha sido el de establecer relaciones diplomáticas con la Alemania del Este. Awadallah, que fue uno de los dirigentes de la revolución que provocó la caída, en 1964, del mariscal Abbud, está considerado como izquierdista radical, habiendo dimitido de la presidencia del Tribunal Supremo, en mayo de 1967, a consecuencia de la decisión gubernamental de no dar validez al veredicto del Tribunal de considerar ilegal la prohibición del partido comunista.

orientación, los puestos clave están ocupados por oficiales jóvenes, cuya graduación no sobrepasa la de coronel, de matiz izquierdista. La implantación de un régimen socialista constituye, por tanto, el principal proyecto del nuevo régimen.

El segundo proyecto importante que ha sido claramente enunciado por las nuevas autoridades de Jartum pertenece a la esfera de la acción exterior y consiste en una estrecha cooperación con el mundo árabe. En un país como el Sudán, donde el Gobierno ha estado siempre en manos de la población musulmana del Norte, este proyecto de estrechar las relaciones árabes constituye un estribillo repetido en toda ocasión. Abbud lo recordaba en todo instante y Mahgub al hacerse cargo del poder lo insertaba en su programa de gobierno con destacados caracteres. No obstante, ahora parece que no se trata de una declaración platónica, sino que obedece a una firme determinación. «El Sudán debe ocupar —decía el-Nimari en su proclama del 25 de mayo— el lugar que le corresponde en el seno del mundo árabe y en la lucha por Palestina y la defensa de las fronteras sudanesas contra la infiltración del imperialismo y del sionismo». Estas palabras son altamente reveladoras porque parecen esclarecer uno de los principales motivos inspiradores del golpe de Estado, es decir, situarlo como un movimiento de cooperación ideológica y militar con el régimen nasseriano. La RAU, que viene preparando una nueva confrontación militar con Israel, celebrará con alborozo la alineación a su flanco de otro Estado decidido a intervenir activamente en la lucha de Palestina.

Los propósitos de el-Nimari son, naturalmente, compartidos por el jefe del Gobierno, Awadallah. En efecto, ha insistido reiteradamente en que el Sudán debe estrechar sus vínculos positivamente con la RAU y con Siria y consolidar sus relaciones económicas, militares y culturales con «todos los países árabes hermanos». «Somos árabes y fanáticos en todo lo que se refiere a la cuestión palestina y no consentiremos la cesión a Israel de una sola pulgada de territorio palestino» insistía Awadallah, el 26 de mayo, al recibir a los embajadores extranjeros en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores. Palabras tan contundentes demuestran la voluntad de los nuevos gobernantes de Jartum de apoyar militarmente a El Cairo contra Israel, desempeñando un papel activo en el conflicto del Oriente Medio. De ahí nacen los cálidos elogios tributados por Awadallah, en sus primeras declaraciones, a los movimientos de resistencia palestinos que, según sus palabras, «han realizado grandes progresos en la intensificación de sus operaciones en el

interior de los territorios árabes ocupados y para la unificación de todas las organizaciones de comandos palestinos». Para El Cairo, que en estos últimos meses está desplegando acciones de guerra abierta¹⁰, el cambio de régimen en el Sudán, al dar entrada a un Gobierno tan resueltamente combativo, ha supuesto un importante triunfo, no limitado a la esfera psicológica. Sobre el problema del Oriente Medio, la postura del nuevo régimen es idéntica a la de El Cairo. Así, en su primera conferencia de prensa¹¹, Awadallah anunciaba que su país actuaría en favor de la aplicación de la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas de noviembre de 1967 que exige la retirada inmediata de las tropas israelíes de todos los territorios ocupados.

La tercera característica del régimen militar de el-Nimari consiste en un férreo autoritarismo, lindante en la dictadura. Las medidas anunciadas son realmente draconianas: detener y encarcelar a toda persona que se considere necesario en «interés de la seguridad nacional», castigar con la pena de muerte cualquier tentativa de resistencia a las nuevas autoridades, aplicar la pena capital a todo huelguista, prohibir las manifestaciones y actos públicos en el territorio nacional, considerar inapelables las decisiones del Consejo de la Revolución, etc. Al propio tiempo se dictaban enérgicas medidas contra las autoridades derrocadas. Eran detenidos el presidente de la República, Ismael al-Azhari, el jefe del Gobierno, Mahgub, así como todos los ministros, excepto cuatro que habían huido, y altas autoridades, entre ellos el jefe del Estado Mayor, general Hamad al-Neil Difallah, que se entregó después de intentar la huida. En el plazo de cuarenta y ocho horas, el nuevo Gobierno pasaba al retiro forzoso a veintiún oficiales superiores, entre los cuales figuraba el general Mohammed Ahmed, comandante en jefe del Ejército, y el general Mohammed Idrias Abdalah, jefe adjunto del Estado Mayor, que al sobrevenir el golpe de Estado se hallaba en Moscú negociando un acuerdo para el suministro de armas soviéticas al Sudán.

Si bien fue casi general la indiferencia de los sudaneses ante el golpe de Estado, lo que favoreció los planes de los conjurados y les permitió derrocar el régimen sin efusión de sangre, algunos sectores —calificados, en una

¹⁰ “Hasta el mes pasado, El Cairo había hablado siempre del ‘ejército del Sinaí’, ficción oficial destinada a eliminar la responsabilidad de la RAU en estas operaciones. Ahora, el Estado Mayor egipcio reivindica directamente la iniciativa... Indudablemente se ha franqueado un paso en la escala militar” (JEAN-FRANÇOIS CHAUVEL, “Le Figaro” 7 de mayo de 1969).

¹¹ Celebrada en Jartum el 27 de mayo.

proclama gubernamental, de «enemigos de la liberación y beneficiarios de la corrupción y del nepotismo, que se esfuerzan vanamente en socavar la confianza del pueblo en la revolución y en sus jefes»— expresaron claramente su oposición a los elementos amotinados. Según declaraciones del ministro del Interior, fueron los Hermanos Musulmanes quienes integraban las manifestaciones habidas en Jartum, el mismo día del golpe, protestando contra el nuevo régimen. También este acontecimiento establece un paralelismo con Egipto, puesto que también allí la principal oposición al régimen nasserista procedía de los Hermanos Musulmanes, a quienes combatió rigurosamente el «Rais».

Siguiendo análoga conducta, el 28 de mayo anunciaba el Gobierno que los principales dirigentes del régimen derrocado serían juzgados por alta traición ante un tribunal militar y que el primer grupo de civiles que comparecería ante dicho tribunal estaría constituido por los miembros del Buró político de los Hermanos Musulmanes, entre ellos su secretario general, Hassan el-Turabi.

Esta beligerancia gubernamental contra los Hermanos Musulmanes no puede sorprender si se tiene en cuenta el matiz político, fundamentalmente izquierdista y filocomunista, de los ministros del nuevo Gobierno y del apoyo que le ha otorgado el partido comunista sudanés. Debe recordarse que en los últimos meses del antiguo régimen, la principal pugna se había establecido entre comunistas y Hermanos Musulmanes. El 12 de noviembre de 1968, en el curso de una lucha entre estudiantes de grupos rivales, fallecía un estudiante comunista, por lo que millares de afiliados a dicho partido, todavía oficialmente prohibido, se manifestaron en Jartum pidiendo la disolución de la organización de los Hermanos Musulmanes, a la que pertenecían los causantes de la muerte. Esta multitud recorrió las calles de la capital declarando que «los Hermanos Musulmanes es una organización fascista». Con la subida al poder de sus enemigos, ha comenzado una implacable persecución de los miembros de esa organización islámica.

De todos modos, el problema principal que este régimen, como los anteriores que han gobernado el país, tiene planteado es el de resolver el sangriento conflicto de la rebelión de las tribus sudistas. Esta guerra, que alcanza los caracteres de un genocidio comparable al de Biafra, constituye el talón de Aquiles sudanés. Mientras no sea resuelto de una forma negociada, puesto que la fuerza de las armas se ha venido revelando impotente de conseguirlo durante muchos años de combates, ni la economía podrá alcanzar una razo-

EL NUEVO RÉGIMEN DEL SUDÁN

nable estabilidad ni las pasiones podrán serenarse en el país. El nuevo Gobierno, tal como hemos indicado, ha contraído el solemne compromiso de terminar con la guerra sudista, pero no ha avanzado las soluciones que tiene previstas para conseguirlo. ¿Será una fórmula negociada que otorgue la autonomía a las tres provincias meridionales? Esta solución hubiese sido aceptada por los insurgentes al principio del conflicto, cuando era lo que reclamaban; pero, en el nivel en que se encuentra la guerra, es de temer que los rebeldes no se conformen con menos que la proclamación de la independencia de Azania, como han explicado taxativamente los dirigentes de las organizaciones rebeldes. En este caso, ¿estaría Jartum dispuesto a ello? No es verosímil para un militar, como el-Nimari, que se ha distinguido especialmente en la guerra contra las tribus sudistas, en cuya campaña ha realizado toda su carrera castrense. El nuevo Gobierno tiene el firme propósito de terminar con la insurgencia de las provincias meridionales, pero la incógnita reside en si es capaz de lograrlo sin recurrir a una guerra devastadora.

JULIO COLA ALBERICH

